



Navidad 2012

El gran misterio del nacimiento de Jesús entre nosotros es celebrado por la Iglesia mediante una triple propuesta de lecturas para la Eucaristía de la noche, de la aurora y del día. Por la noche, la “buena noticia” es presentada como nacimiento del hijo de María en Belén, revelado por el ángel a los pastores, es decir, a los pobres que representan al “resto de Israel” (cf. Lc 2, 1-14). En la Misa de la aurora se presenta la visita de los pastores al establo, para contemplar y adorar el misterio del niño recién nacido; y se recuerda que “María guardaba todos estos acontecimientos y los meditaba en su corazón” (Lc 2, 19).

En esta Misa del día, la Palabra proclamada no narra el nacimiento del Hijo de Dios en Belén, sino que nos ayuda a profundizar en su misterio con lecturas tomadas del profeta Isaías, de la carta a los Hebreos y del Evangelio de Juan.

El profeta Isaías invita a aclamar la venida del Señor a su ciudad elegida, diciendo: *“Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén”*. Este anuncio consolador de la venida del Señor a rescatar a su pueblo del destierro en Babilonia se ha cumplido definitivamente en perspectiva espiritual en el nacimiento de Jesús, el Mesías, el Señor, que viene a salvar a los hombres de sus pecados y a ofrecerles un nuevo camino de vida en plenitud, abierta a la vida eterna. El nacimiento del Hijo de Dios ha hecho posible ver cara a cara al Señor que viene a habitar en su casa y con los suyos. Y la fiesta de la Navidad nos ofrece el consuelo de Dios y nos hace experimentar la alegría de comprobar que Dios se muestra cercano a nosotros, más aún, se hace presente en medio de nosotros en un niño de nuestra misma carne. Se hace presente y suscita ternura, porque manifiesta su propia ternura de Padre con el nacimiento de su Hijo en Belén.

Isaías anima a admirar al mensajero que anuncia la paz y la salvación que trae el reinado de Dios. En efecto, en el texto de Isaías, el mensajero dice a Sión: *“Tu Dios es rey”*, es decir, “Ya reina tu Dios”. Y este anuncio se hace realidad también en el nacimiento de Jesús. Es decir, el reino de Dios llega con el nacimiento de Jesús; y se manifiesta de una manera sorprendente, pues el niño que nace en la mayor pobreza no tiene apariencia de rey. Sin embargo, el reino de Dios comienza realmente así. La transformación de la condición humana, la transformación del mundo comienza con el nacimiento de Jesús, que nos hace cambiar nuestras perspectivas por completo, para introducirnos en las perspectivas del reino de Dios, que garantiza el verdadero reino del hombre. Sólo donde Dios reina tiene el hombre reconocidos en forma absoluta su dignidad y sus derechos..



Carlos López Hernández

También se cumple en Jesús la promesa de que *“verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios”*, que trae la salvación a su pueblo. Los confines de la tierra son ahora todos los países en los que se celebra el Nacimiento de Jesús. Este acontecimiento, que se realizó a escondidas en un pequeño país, se celebra hoy en todo el mundo, en las formas diversas que permite el grado de reconocimiento de la libertad religiosa; en ocasiones entre peligros y persecuciones. La liberación prometida por Dios es un camino aún no consumado.

La Carta a los Hebreos nos ayuda a comprender que el niño nacido en Belén es el Hijo de Dios. Dios ha decidido no hablar más por medio de sus siervos, los profetas, como había hecho en los tiempos antiguos de muchas maneras, y hacerlo por medio de su Hijo. El niño de Belén no habla aún con palabras que se puedan oír, pero nos habla con su presencia. Nos habla de una manera muy elocuente del amor de Dios, del proyecto de salvación que Dios viene a realizar y ha ido realizando sin cesar.

Este Hijo es reflejo de la gloria de Dios, *“impronta de su ser”*. Tiene una relación única con Dios, porque es verdaderamente Hijo de Dios en el sentido más fuerte de la expresión: **es el Hijo unigénito**. No es posible que haya otro, porque asume toda la sustancia del Padre, al que es igual en gloria y poder. *“Por medio de él ha ido realizando”* Dios *“las edades del mundo”* y *“él sostiene el universo con su palabra poderosa”*. ¡Qué sorprendente! Este niño inerte, que ni siquiera tiene la capacidad de hablar, es, en realidad, la persona que sostiene todo el mundo con el poder de su palabra.

A continuación, la Carta a los Hebreos resume todo el proyecto de Dios, que se realizará por medio del Hijo: Él llevará a cabo la purificación de los pecados con su muerte en la cruz e irá a sentarse a la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos. El texto acentúa la dignidad del Hijo, que es superior a la de los ángeles. Jesús es un humilde hijo de la humanidad, pero, en realidad, es el Hijo de Dios superior a los ángeles. Dios no dijo nunca a ningún ángel: *“Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado”*, pero sí lo dice a este niño, nacido para hacer presente el reino de Dios y la plenitud del tiempo de la historia de la humanidad. Y afirma también: *“Yo seré para él un padre, él será para mí un hijo”*. Y ordena que lo adoren todos los ángeles de Dios.

El texto del prólogo del Evangelio de Juan nos revela que el niño nacido de María es verdaderamente la Palabra misma de Dios, el Hijo que vive en Dios desde la eternidad, *“Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”*... Este prólogo es un canto a la gloria de Dios, que se revela en el nacimiento de su Hijo único en carne humana. Vamos a contemplar con admiración este misterio del Dios que es Palabra de Amor y de Vida.

El centro del prólogo es la afirmación: *“Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad”*.



Carlos López Hernández

En el principio, antes de toda la creación, en la eternidad, existía la Palabra, y esta Palabra estaba en Dios y era Dios. Por medio de esta misma Palabra de Dios todo fue creado, y todo aquello que ha llegado a existir tenía vida sólo en ella (cf. Col 1, 15-17). Esta palabra era vida y luz para toda la humanidad: ella ha brillado con luz propia en la historia humana y las espesas tinieblas del mundo no han sido capaces de sofocarla.

Un hombre enviado por Dios, Juan Bautista, vino para dar testimonio de la luz, es decir, para conducir a los hombres a la fe en el Hijo de Dios. Pero su misión de precursor no tuvo éxito; la luz por él anunciada no fue acogida. Y tampoco el Hijo de Dios, venido en medio de su gente, ha sido recibido. Sólo algunos han creído en él y se han convertido en nuevas criaturas e hijos de Dios.

Para llevarnos a participar de su condición divina, el mismo Hijo de Dios se ha hecho carne frágil, hombre como nosotros, ha venido a habitar entre nosotros, mostrando de esta manera su gloria a cuantos se han adherido a él y lo han seguido.

Ésta es, por tanto, la verdad profunda y al mismo tiempo escandalosa de la Navidad: en Belén nace de María un niño que es la Palabra misma de Dios humanizada, es el Hijo de Dios que se ha hecho hijo del hombre.

El prólogo del cuarto evangelio termina diciendo que a Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer. Conociendo al hombre Jesús, contemplándolo en sus palabras y en sus acciones, y siguiéndolo desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, hemos conocido a Dios. El mismo Jesús nos aseguró que quien le ha visto a él, ha visto al Padre (cf. Jn 14, 9).

Y, en su Hijo Jesús, Dios nos ha dado a conocer el misterio de nuestra vida. En Jesús, Dios da a conocer al hombre lo que es el hombre. Por ello pudo decir Jesús: *“yo soy la verdad”*, *“yo soy la luz del mundo”*. Por ello, la fe es apertura de los ojos a la luz de Cristo. Y quienes creemos en él estamos en la luz y somos su luz.

Así pues, el nacimiento del Hijo de Dios en carne humana es la revelación del misterio de Dios y del misterio del hombre, el conocimiento de Dios y el conocimiento del hombre. Ambos son inseparables y tienen su nexo de unión en Jesús, en quien Dios y el hombre están unidos de forma perfecta e irrevocable.

Por ello el cristianismo se encuentra todo resumido en Jesucristo: en él está la diferencia con el Israel creyente y con todos los demás caminos de fe o de sabiduría humana. Jesús dirá posteriormente en el cuarto evangelio: “El que me vea mí ve al Padre” (Jn 14, 9), es decir, el que me ve a mí, hombre, carne frágil, puede descubrir en mi vida plenamente humana, la revelación que yo hago de Dios. Así es Jesús la imagen visible del Dios invisible.



Carlos López Hernández

El Evangelio es esta buena noticia: ahora, en Jesús, el hombre y Dios son ya la misma cosa; y en Jesús, nuestro hermano, hombre como nosotros, los hombres estamos llamados a ser hijos de Dios y partícipes de su condición divina y de la vida eterna. Según el Evangelio de Juan, *“esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo”* (Jn 17, 3).

Y sabemos que conocemos a Dios si guardamos sus mandamientos. *“Quien dice: yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él”* (1 Jn 2, 4). *“Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él.”* (1 Jn 4, 7-8).

Los que, en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, confesamos haber conocido el amor de Dios y creer en él, tenemos que **acreditar la verdad de nuestro conocimiento de Dios** con la ayuda generosa a las familias que por falta de trabajo están en dramática situación de necesidad. E igualmente con el testimonio de la fe y del amor ante quienes todavía no han reconocido que *“la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo”* (Jn 1, 17).

Salamanca, 25 de diciembre de 2012